

El anarquismo argentino en los años veinte. Tres momentos en el conflicto entre *La Protesta* y *La Antorcha*

Luciana Anapios¹

Resumen

Este artículo forma parte de una investigación sobre el anarquismo argentino entre 1915 y 1930. En este caso se intenta comprender algunos de los factores que contribuyeron a la creciente conflictividad interna durante los años 20, teniendo en cuenta que en este período se conformaron dos sectores con identidad propia que reivindicaron para sí el derecho de hablar en nombre del movimiento. Por un lado, la corriente principal representada por la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) y el periódico *La Protesta*; por otro, los gremios autónomos y una serie de agrupaciones disidentes, con un discurso radicalizado. A partir de la Revolución Rusa y del quiebre del grupo editor de *La Protesta* en 1915, el periódico *La Antorcha* se convirtió en el referente de este sector.² La separación de estos dos sectores ayudó a conformar dos identidades –protestistas y antorchistas– que hacia 1924 se declararon una *guerra abierta* (*LA*, 1924, 04-07). Una serie de episodios ayudan a comprender la radicalización del conflicto interno.

A partir del acercamiento casi fotográfico a tres momentos claves en este proceso, este artículo propone pensar algunos de los ejes del conflicto. En primer lugar, lo que los propios anarquistas denominaron *el problema de la prensa*. En segundo lugar, el atentado en agosto de 1924 a la imprenta del periódico antorchista *Pampa Libre*, en General Pico, La Pampa. Por último, desde mediados de 1927, la campaña por la liberación de Sacco y Vanzetti y los atentados a bancos norteamericanos como represalia por su ejecución, que desataron una nueva vuelta de tuerca en el conflicto interno.

Introducción

Durante los años 20 las divisiones y expulsiones no afectaron sólo al anarquismo; radicales, socialistas, comunistas y sindicalistas enfrentaron cuestionamientos internos. Pero aquello que en un partido se resolvía por la vía de la separación por razones

¹ Estudiante de la maestría en Historia del IDAES /UNSAM, becaria de CONICET.

² El antorchismo estaba conformado por los periódicos *La Antorcha* e *Ideas*, de La Plata, y *Pampa Libre*, de General Pico, La Pampa.

ideológicas o políticas, en el anarquismo era borroso. Las propias características de un movimiento que impugnaba la autoridad y el centralismo, y que luchaba contra toda forma de poder, hacían difícil establecer quién hablaba en nombre del movimiento, qué acciones eran anarquistas y qué sector se adjudicaba la representación del resto. Lo que comenzó como un proceso de diferenciación interna desembocó en la expulsión de la FORA de las agrupaciones, gremios y publicaciones vinculadas a *La Antorcha*, y en una serie de acciones violentas entre ambas corrientes. En los enfrentamientos de la década del 20 se confunden las disputas por recursos y las rencillas personales –que son muchas y le agregan a los debates un lenguaje corrosivo, irónico y personal– con diferencias alrededor de métodos y tácticas. Las discusiones alrededor del control de la imprenta y las huelgas que debía apoyar la FORA, o sobre la relación que esta debía mantener con su rival, la Unión Sindical Argentina (USA), fueron claves para comprender la espiral conflictiva.

El problema de la prensa: la imprenta

El 25 de marzo de 1921 salió a la calle el primer número de *La Antorcha*. El sector que se había separado cinco años antes del grupo editor de *La Protesta*, y que había ensayado una serie de publicaciones de corta vida, dejaba clara su posición desde su primer editorial. Venía a discutir la centralización en el movimiento libertario y a defender la organización libre y voluntaria de individuos o agrupaciones. Esto era un desafío al dominio del grupo editor de *La Protesta* en la FORA.

Entre 1920 y 1922 la discusión fue ganando espacio hasta convertirse en lo que los redactores catalogaban como *el problema de la prensa anarquista*. Dependiendo de las diversas coyunturas por las que atravesara el movimiento libertario, la existencia de este problema fue discutida o refutada. El problema de la prensa estaba vinculado a la propiedad de la imprenta y a la financiación que obtenían la mayor parte de las agrupaciones y publicaciones a través de *La Protesta*, convertida en una empresa editorial.

La Antorcha sobre todo, pero también *Ideas* y *Pampa Libre*, se hicieron eco de estos conflictos desde un primer momento, como una forma de instalar el conflicto. La caracterización que el antorchismo hizo del problema de la prensa en un principio fue

ambigua. Si bien reconocían que *La Protesta* representaba un desafío para el sector disidente, negaban su dominio sobre el resto –dominio que se expresaba materialmente en el hecho de que fuera poseedora de la imprenta y repartiera contribuciones fundamentales para la vida de publicaciones menores.³ *La Protesta* evitó mencionar el tema mientras pudo y las notas en relación a este punto sólo aparecieron tardía y retrospectivamente.

Durante el primer Congreso Anarquista Regional, en octubre de 1922, el debate entre diversas agrupaciones y publicaciones de Buenos Aires y el interior reflejó la separación, reconocida por todos, de dos sectores dentro del movimiento, representados por *La Protesta* y *La Antorcha*. Allí se discutió si se exigía a *La Protesta* un cambio en su administración, debido a que los mismos hombres llevaban varios años en sus puestos. El principal problema alrededor de este punto era que el grupo editor de *La Protesta* no dependía del voto de agrupaciones de afinidad o de los sindicatos; funcionaba como un ente autónomo que había surgido en un momento crítico de una asamblea de militantes para enfrentar la conmoción interna.⁴ Abad de Santillán explicaba que el mecanismo de modificación del grupo era el apoyo o el rechazo de los lectores. Este mecanismo hacía que la disidencia se expresara separándose del grupo editor para formar un nuevo periódico. El congreso no produjo cambios en la administración, pero quedó planteado un problema que afectaba a todo el movimiento.

El antorchismo cuestionaba el predominio de *La Protesta* sobre las demás publicaciones y su falta de apoyo directo a nuevos proyectos. La dificultad para encarar nuevas publicaciones hacía que este fuera imprescindible; pero cuando existía, figuraba como una concesión y no como un derecho para toda la prensa anarquista. Teodoro Antillí denunciaba que *La Protesta* sólo apoyaba materialmente a una nueva publicación –esto significaba, prestando sus instalaciones y recursos, y no sólo saludando la iniciativa desde sus columnas– cuando podían hacer propaganda de ello. En otros casos brindaba apoyo material a ciertas publicaciones pero, ante la menor disidencia, lo retiraban.

³ *LP* tenía sus propios talleres de impresión y colaboraba mensualmente con diversas agrupaciones y publicaciones. *LA* recibió esta contribución hasta 1924.

⁴ Las principales figuras de *LP* en los 20 fueron Diego Abad de Santillán, Emilio López Arango y Apolinario Barrera; los editores de *LA* fueron Teodoro Antillí y Rodolfo González Pacheco.

Por su parte, *La Protesta* desestimaba gran parte de las publicaciones que surgían dentro del movimiento, considerándolas un producto de la vanidad de sus redactores, que al no conseguir un puesto en la administración o redacción de *La Protesta*, emprendían su propio proyecto editorial. Otra razón invocada eran los desencuentros personales. La oposición a Apolinario Barrera y Emilio López Arango provocaba el alejamiento de numerosos colaboradores que iniciaban su propio periódico para, en la opinión de Abad de Santillán, criticar libremente a sus ex colegas:

Se publicaron periódicos libertarios independientes y gremialistas con el sólo objetivo de avivar una crítica no siempre coherente y razonada, pues fuera de ese matiz de oposición al máximo responsable de la conducción del diario, no había nada fundamental que nos separase a unos de otros. (...) De todos ellos lo único que nos separa era el modo de ser bohemio o sensible de algunos de sus responsables (Abad de Santillán, 1978: 98).

En la práctica *La Protesta* no impedía que surgieran nuevos proyectos por fuera de ella, pero la desigualdad a la hora de presentarse como órganos de la colectividad era evidente. Era allí donde se cometía, según Antillí, una gran injusticia; porque, el reconocimiento de la tutela de *La Protesta* y la desigualdad de recursos implicaba una jerarquización de la pertenencia al movimiento. Antillí lo reconocía cuando sostenía que:

Durante un tiempo *La Protesta* fue el único órgano de la colectividad (y) ha insumido los esfuerzos de la colectividad, ha subsistido, ha llegado a tener máquina, a hacerse diario, etc. y esto es todo lo que tiene *La Protesta* de la colectividad. (...) La lucha por apoderarse de estos medios y del diario ha revestido los caracteres de la lucha por el poder (*LA*, 1922, 29-09: 3).

La defensa de la descentralización en la prensa se convirtió, hacia mediados de 1923, en una bandera de lucha esgrimida contra *La Protesta*. Esta lucha tenía su propia tradición; la tendencia individualista y antiorganizadora constituyó, desde fines del siglo XIX, un problema para la difusión de un mensaje coherente y unificado de la doctrina. La aparición de ideas organizativas dentro del movimiento, que fueron ganando terreno frente al individualismo, generó una crisis para la propaganda porque, según entendía *El Rebelde*, periódico individualista, se debía “dejar al individuo libre de obrar como le plazca (Suriano, 2001: 57)”. El enfrentamiento y las divergencias permanentes eran un

hecho positivo. Sobre esta tradición se posicionaba el antorchismo y sostenía que, en la diversidad de hojas de propaganda y núcleos de acción, se evidenciaba la fuerza del movimiento. La identificación de estos debates con el conflicto entre organizadores y antiorganizadores de comienzos de siglo fue evidente para los contemporáneos. *La Protesta* intentó identificar al antorchismo con aquella tradición individualista.

En enero de 1924 *La Antorcha* hizo pública su decisión de convertir la publicación quincenal en un diario que rivalizara con *La Protesta*. Esto implicaba necesariamente comprar una imprenta propia. A la competencia abierta dentro del movimiento se sumaba el intento de independizarse del control que esta ejercía sobre la imprenta. Justificaban este desafío con la uniformidad que acosaba a la prensa libertaria, haciendo referencia directa a la resolución adoptada durante el Congreso Extraordinario de la FORA, en octubre de 1920, en el que se había acordado que “todos los periódicos (...) tratarán de coordinar su propaganda gremial e ideológica, formando con ese fin, en cada ciudad importante un comité de relaciones (...), a los efectos de uniformar la propaganda para el fin propuesto en cada caso específico (Abad de Santillán, 1933, 264)”.

Recién a mediados de 1925, en medio de la campaña por la liberación de Sacco y Vanzetti, *La Antorcha* salió diariamente, sólo por unos meses.⁵ Sin embargo el lanzamiento del proyecto en sí mismo fue sostenido por sus redactores como un desafío directo a *La Protesta* al reivindicar la libertad frente al “personalismo, el encono y la persecución a los compañeros (*LA*, 1924,18-01: 1)”.

No obstante estos debates, seguía habiendo contacto entre ambas publicaciones. *La Protesta* mencionaba novedades sobre *La Antorcha*, le hacía llegar contribuciones y suscripciones, y esta publicaba los boletines de la FORA. Las relaciones entre los dos sectores eran inevitables y estaban cerca en muchos más aspectos de los que dejan ver sus editoriales cada vez más provocativos. A estos conflictos se fueron sumando rencores personales de larga data. Cualquier discusión sobre diferentes aspectos del anarquismo local, con temas como el rol de la organización o la acción del movimiento obrero ante determinada coyuntura, era una ocasión para refregar ante la corriente opuesta –que cada

⁵ En abril de 1925 y luego de debatir sobre la conveniencia de ser propietarios, compraron una imprenta a través de un crédito. Los apuros para pagar la deuda fueron compartidos con los lectores, a quienes instaban a colaborar comprando el periódico y manteniéndose al día con las suscripciones. Los *pic-nics* y las veladas teatrales también fueron una vía de financiación.

vez ocupa más el lugar del adversario, lugar que antes era acaparado por el anarco-bolchevismo o el sindicalismo— cuestiones que rozaban la intimidad del encuentro cotidiano.

Sin embargo, detrás de la aún remota posibilidad de que *La Antorcha* pudiera sostener su publicación diaria, se escondían motivos más profundos que abrieron una grieta entre ambas corrientes. La declaración de guerra se dio alrededor de un conflicto por métodos y tácticas que remitía a la huelga general como arma de lucha. En mayo de 1924, las dos centrales obreras, la FORA y la USA, habían declarado la huelga general en oposición a la ley de jubilaciones que iba a tratarse en el Congreso.⁶ El detonante para la radicalización del conflicto en 1924 no fue el lanzamiento de la campaña para la publicación diaria de *La Antorcha*, sino la dura crítica que esta agrupación descargó contra la dirección de la FORA cuando levantó la huelga general unos días después de iniciada. En este contexto, el debate alrededor de los recursos irrumpió de una forma casi anecdótica. Desde el primer día de la huelga, la redacción de *La Antorcha* preparaba un boletín que seguía el desarrollo de la medida paso a paso, sus motivos y la posición de este sector frente a la ley de jubilaciones. Pero el boletín sólo pudo aparecer el tercer día de la huelga ya que *La Protesta* se negó a permitir que utilizaran su imprenta (LA, 1924, 30-05: 3). Esto se repitió en varias oportunidades con los periódicos *Pampa Libre* e *Ideas*, a los cuales los administradores de *La Protesta* no facilitaron sus impresoras en momentos de apremios económicos. A partir de este episodio *La Protesta* dejó de funcionar como intermediaria para el financiamiento de *La Antorcha*.

Con las armas en la mano: el atentado a Pampa Libre

En el proceso de radicalización de los conflictos internos el año 1924 fue clave. En dos meses, entre junio y agosto, se cruzaron dos umbrales en la escalada del conflicto que culminaron en un punto de difícil retorno. Los dos sucesos más significativos fueron la expulsión, en junio de ese año, del sector antorchista del Comité Pro-Presos y Deportados

⁶ En 1923 se sancionó una ley de jubilaciones que fue rechazada por la mayor parte del movimiento obrero. Sobre este tema ver Anapios, 2007.

por parte de la FORA y el atentado, en agosto, a la imprenta del periódico *Pampa Libre*, en General Pico.⁷

Si la expulsión significó una nueva escalada en la campaña de confrontación, el atentado fue el punto más alto al que se había llegado dentro de la izquierda argentina para resolver conflictos internos. Lo que había comenzado con la separación de ambos sectores en 1916 y continuado con el reconocimiento de la existencia de un *problema de la prensa*, terminaba en 1924, con la caracterización del conflicto como *guerra abierta*.

La resolución de la FORA que excluía del Comité Pro-Presos a publicaciones y gremios cercanos al antorchismo fue una demostración del poder de veto de la Federación sobre el movimiento y la disidencia que estaban dispuestos a admitir en sus filas. El manejo del Comité Pro-Presos era objeto de disputa porque recaudaba fondos para la ayuda a los detenidos y sus familias.

En la asamblea del Comité, llevada a cabo el 13 de junio de 1924, la delegación del gremio de metalúrgicos presentó una moción para excluir a la delegación de *La Antorcha* de las asambleas generales. Esta medida se justificaba en base a la divergencia entre un sector organizador y uno antiorganizador y en una serie de conflictos de carácter personal. Sin embargo, el principal obstáculo era la definición de preso social para uno y otro sector. El protestismo sólo aceptaba defender a los detenidos anarquistas, mientras que para *La Antorcha* la defensa debía extenderse a expropiadores y algunos detenidos que rayaban en la delincuencia común.

La Antorcha denunció la expulsión como parte de un plan de violencia y autoritarismo creciente que “nada tiene que ver con el choque y la polémica dentro del campo de las ideas sociales y revolucionarias” e inscribiendo este conflicto en el más largo *problema de la prensa anarquista* (LA, 1924, 25-07: 1).

En el clima general de desconfianzas y recriminaciones mutuas se intentó un acercamiento entre los dos sectores, pero no prosperó. Un dato nada menor para comprender el grado de conflicto al que había llegado el movimiento libertario en agosto

⁷ El Comité Pro-Presos y Deportados, organizado desde la FORA e integrado por todas las fracciones del anarquismo, se encargaba del seguimiento y la campaña por los presos sociales junto con la ayuda económica para las familias. Luego de la expulsión del antorchismo, este sector creó su propio comité, denominado Pro-Presos Sociales.

de ese año fue la creación de una agrupación denominada Pro Defensa de la FORA, nacida en función del clima de hostilidades.

Para Jorge Etchenique, la expulsión de junio hacía prever un desenlace violento. La suerte estaba echada. “En su edición del 26 de junio de 1924, *La Protesta* anunció su decisión de romper toda clase de relaciones con *La Antorcha*, *Ideas* y *Pampa Libre*, como asimismo *mantener la campaña de depuración* (Etchenique, 2000: 104)”. Incluso un día después de ocurrido el atentado, y cuando en Buenos Aires ya eran conocidos los sucesos, *La Protesta* terminaba un editorial en el que atacaba las acciones de *La Antorcha* advirtiéndole que:

Si no se quiere obrar así, si se lleva la guerra a nuestro campo pretextando futilidades federalistas y libertarias, que cada cual se atenga a lo que vale y se defienda con las armas que tenga a mano (*LP*, 1924, 5-08: 1).

La mañana del 4 de agosto se llevó a cabo el atentado contra la imprenta y los redactores del periódico *Pampa Libre*. Un grupo de integrantes de la FORA salieron de la estación de trenes de Once, en Buenos Aires, rumbo a General Pico, en la provincia de La Pampa. A las 8 de la mañana abrieron fuego contra el local del periódico *Pampa Libre* en el que aún dormían varios de sus redactores. Los integrantes del periódico pampeano parecen haber estado esperando el ataque y, tal como auguraba *La Protesta*, respondieron con las armas en la mano. El resultado final fue un muerto –Domingo Di Mayo, miembro de la FORA y colaborador de *La Protesta*– y varios heridos, entre ellos el tipógrafo y redactor de *Pampa Libre*, Jacobo Prince. Etchenique sostiene que este hecho quedó impreso en el movimiento obrero argentino como un estigma. Años más tarde seguían interrumpiéndose reuniones en las que participaran integrantes de la FORA y *La Protesta* porque “los hechos de General Pico aun estaban frescos” (Etchenique, 2000: 108).

El atentado ponía de manifiesto la existencia de grupos de acción que operaban –y lo habían hecho en más de una ocasión– con una lógica sectorial dentro del movimiento. Desde un primer momento, los damnificados vincularon el ataque con el apoyo que los redactores de este periódico habían dado a *La Antorcha* y con la solidaridad hacia su proyecto de publicación diaria. No obstante, detrás de la planificación del atentado hubo una serie de motivaciones. Por un lado las diferencias de método frente a problemas puntuales y situaciones como la huelga general de 1924, que hacían que el antorchismo

constituyera una amenaza, un sector más radicalizado. Por otro lado, el problema del control de los recursos, que los enfrentaba desde hacía años y que llevó a un sector del protestismo a intentar apropiarse del control de la imprenta de *Pampa Libre*.

Gastón Leval y Anatol Gorelik, colaboradores regulares de *La Antorcha*, sostenían que:

Los directores de la FORA –los mismos que respiran y dirigen *La Protesta*– crearon un nuevo organismo que se denominó *Agrupación Pro-Defensa de la FORA*. Esta agrupación fue integrada por grupos de acción, puestos a prueba en varias ocasiones y, como a su juicio, la FORA peligraba porque se criticaban ciertos actos del Consejo Federal, se dieron por misión acabar con las críticas. Hasta ahora sólo había sido empleada la presión con amenazas, pero de la amenaza se pasó al crimen (*LA*, 1924, 19-09: 1).

La Protesta no ofreció ningún relato de los hechos. Dos días después del atentado lamentó la muerte del secretario del comité de Agitación Pro-Anarquistas presos en Rusia y militante de la FORA, Domingo Di Mayo; Jorge Rey Villalba –uno de los participantes en el atentado, redactor de *La Protesta* bajo el pseudónimo George King– continuó atacando al antorchismo. Sin reconocer la autoría del atentado pero sin desmentirlo y colocando el uso de la violencia en el contexto de creciente conflictividad interna, se dio un paso más allá en la caracterización del adversario. Si hasta ese momento habían apelado a calificativos como individualistas, antorchistas o heréticos, en agosto de 1924 se utilizó por primera vez la calificación de *guerrilleros* para referirse al sector disidente (*LP*, 1924, 8-08).

En los primeros días de septiembre de 1924 una nueva resolución del Comité Ejecutivo de la FORA explicitaba que:

Se considera al margen de la FORA a todos los elementos que hacen labor derrotista y obstaculizan la propaganda del comunismo anárquico. Se resuelve aislar a los grupos *La Antorcha*, *Pampa Libre* e *Ideas*, no consintiéndoles injerencia en los organismos federados y retirándoles todo concurso material y moral. Excluir de los cargos representativos en las entidades federadas a las personas que respondan a la tendencia de dichos grupos. Se consideran separadas de la FORA a las entidades que no acepten este temperamento (Abad de Santillán, 1933: 276).

Esta resolución implicó la profundización de las divisiones dentro del movimiento anarquista y afectó la unidad del movimiento obrero adherido a la FORA. La expulsión

de voces disidentes era un hecho grave e inédito. Por su alcance y por el momento en el que llegaba, a menos de un mes del atentado a *Pampa Libre*, implicaba el intento de imponer una única y centralizada voz libertaria.

Si bien entre 1921 y 1924 el sector vinculado a *La Antorcha* fue cobrando identidad propia, el grupo editor había evitado romper con la FORA e identificarse como un sector diferenciado. Un año después del atentado y la expulsión de la Federación aún se negaba a aceptar la calificación de antorchistas que *La Protesta* utilizaba para identificarlos como una facción, a la que apelaba como fundamento para expulsiones en sus filas. *La Antorcha* contestaba que “el *antorchismo* era un fantasma” y que la pretendida facción no era más que *antiprotestismo* (LA, 1925, 24-04: 1).

En torno a la violencia: la campaña por Sacco y Vanzetti

En 1927, año en el que se generalizaron las campañas contra la ejecución de Sacco y Vanzetti, el uso de la violencia como arma de lucha contra el Estado –no así la violencia interna– había sido objeto de debate en varias ocasiones. Las figuras de Simón Radowitzky y Kurt Wilckens se habían convertido en “mártires de la idea” (Núñez Florencio, 1983); si bien *La Protesta* no reivindicaba el atentado individual como arma de lucha y propaganda, el martirio en la cárcel de Ushuaia del primero y el asesinato impune del segundo con la complicidad de las autoridades de la Penitenciaría Nacional los habían convertido en símbolos de la injusticia del sistema. Fueron ejemplo de un atentado “limpio”, en nombre de la justicia, que vengaba las atrocidades de dos enemigos del pueblo, responsables de miles de muertes. Sin embargo, no reivindicó a varios de los intentos fallidos perpetrados por otros militantes anarquistas.

Durante la década del 20 el acto individual se convirtió en una práctica recurrente; de la mano de grupos que se reivindicaron como libertarios –y que en algunos casos tuvieron contactos con sectores del movimiento– adoptaron formas de acción violentas con el objeto de conseguir financiamiento para sus acciones –lo que Osvaldo Bayer llamó el anarquismo expropiador (Bayer, 1986)– u organizaron atentados a prominentes miembros de las fuerzas represivas o enemigos políticos. El ilegalismo anarquista, que abarcaba acciones que contemplaban la expropiación y la bomba, se convirtió para algunos en una táctica de lucha y esto se sumó a las ásperas diferencias internas. La irrupción de estos

grupos denominados expropiadores por sus simpatizantes y anarco delincuentes por sus detractores estaba relacionada con las circunstancias particulares de los años 20, entre las que la desmovilización del movimiento obrero no era menor. Desde un primer momento *La Protesta* descalificó la acción de este sector y la desvinculó de los “verdaderos gestos de sacrificio” de Radowitzky y Wilckens; estos actos estaban bajo un manto de sospecha y eran la acción de delincuentes y “terroristas”.

La Antorcha, en cambio, tuvo una posición más ambigua con respecto a los atentados y la expropiación como método. Si bien no llegaba a defenderlos abiertamente, tenía contactos con varios miembros de estos grupos –incluidos Alejandro Scarfó y Severino Di Giovanni. Negaba estar defendiendo el uso de la violencia como fin del movimiento libertario pero, en coyunturas como la de 1927, el tono a favor de la violencia de masas y la venganza por la ejecución de Sacco y Vanzetti tomaba la delantera:

En ocasiones apoyaban las acciones de Di Giovanni y en otras efectuaban críticas elípticas, como sucedió con la polémica en torno a las tremendas consecuencias del atentado a la Embajada Italiana. *La Antorcha*, por un lado sostenía que no criticaría los atentados populares aunque causaran víctimas inocentes, pero sí lamentaba que se produjeran (Suriano, 2005: 84).

Entre junio y agosto de 1927 –fecha en la que Sacco y Vanzetti fueron ejecutados–, su defensa estuvo en la primera página de los periódicos. A los llamados a la huelga general y los comités pro defensa se sumaban los debates en torno a cuál era el límite a su reivindicación; qué causas debía reivindicar el movimiento anarquista y cuáles definitivamente quedaban fuera de su incumbencia.

La gran diferencia entre las corrientes representadas por *La Protesta* y por *La Antorcha* fue, una vez más, la cautela de la primera, la selectividad en su defensa de miembros de la comunidad libertaria, la condena de la acción violenta y el rol de la FORA. *La Antorcha* por su parte apareció como el sector más radicalizado; extendió y vinculó la defensa de Sacco y Vanzetti con las de Ascaso, Durruti, Jover, Eusebio Mañasco y Simón Radowitzky;⁸ criticó la vacilación de la FORA para llamar a la huelga general, no

⁸ Eusebio Mañasco era un obrero misionero condenado a cadena perpetua por una acción que no pudo comprobarse. Para *LP* no era un caso sobre el cual el anarquismo tuviera algo que decir, tal como en los casos de Ascaso, Durruti y Jóver. Sobre su opinión ver, entre otros, “El caso Mañasco” (*LP*, 1927, 1-07: 1).

condenó los actos violentos que se sucedieron a lo largo de ese año –en sus columnas los llamados a la acción violenta se sumaban a festejos por los destrozos durante las manifestaciones y el apoyo a boicots y sabotajes–, defendió la inocencia de los personajes involucrados en estas acciones y, sobre todo después de la ejecución de los obreros italianos, cobró un tono más violento que el que empleaba normalmente.⁹

En esta etapa resulta interesante la comparación del tratamiento de las noticias y secciones por parte de *La Protesta* y *La Antorcha*. El caso Sacco y Vanzetti, su defensa y la necesidad de reacción del movimiento libertario ocupaba en *La Antorcha* la mayor parte de cada ejemplar. Algo muy diferente a lo que ocurría con *La Protesta*, que en ningún momento varió la estrategia de información y la relación entre noticias locales, internacionales, internas y teóricas.

Las críticas a la intransigencia y la intemperancia de un sector del anarquismo eran recurrentes. *La Protesta* denunciaba desde sus editoriales que *La Antorcha* actuaba a través de las *guerrillas* y *las emboscadas*, e incluía en las acusaciones al propio Rodolfo González Pacheco, al que denominaban “pregonero de la guerrilla contra la FORA” (*LP*, 1927, 30-07: 01). Frente a la injusticia de los tribunales norteamericanos no había mucho que hacer. Si bien la FORA declaró la huelga general en agosto de ese año, el tono general era de resignación. Los editores parecían más preocupados por encausar una energía que veían como potencialmente peligrosa y llamaban a la calma:

Hay que impedir que la protesta se manifieste sin ilación, en forma esporádica y sin un objetivo determinado. Ya que no está en nuestras manos la salvación de Sacco y Vanzetti, acompañémoslos en la hora del cruento sacrificio (*LP*, 1927, 5-08: 1).

La Antorcha contestaba con una verba cada vez más violenta y acusaba de inoperantes y cómplices al protestismo. Un año antes de la ejecución se quejaban de:

La actitud de los hombres de la FORA frente a la condena a muerte de Vanzetti y Sacco, a la bomba en la embajada yanqui, a los allanamientos de los locales obreros y a las prisiones en masa de militantes supera diez veces diez nuestra capacidad para creer lo malo, lo infeliz y lo antianárquico. Los coloca en la zona de lo inadjetivable a ellos, y a nosotros, más allá de la furia o de las lágrimas (*LA*, 1926, 4-06: 1).

⁹ Luego del 22 de agosto, *LA* sumó a su título el epígrafe “¡Todos los caídos deben ser vengados! ¡Guay, si no lo son!”.

Cada causa que *La Antorcha* tomaba como propia –sobre todo la defensa de simpatizantes o militantes anarquistas envueltos en hechos de violencia o robo– era caracterizada por *La Protesta* como delincuencia común o terrorismo. A su vez, bastaba que *La Protesta* condenara una acción para que *La Antorcha* levantara la bandera de su defensa.

En este contexto fue significativa la utilización de citas de los clásicos del anarquismo, como fuentes de autoridad para dar apoyo a la posición de cada sector; tanto *La Protesta* como *La Antorcha* citaban a Kropotkin, Malatesta, Reclus o Rocker para condenar o justificar la violencia como legítima defensa contra el sistema. De esto se quejaba E. Roque cuando le recriminaba al antorchismo que “cuando Malatesta les repite que la *anarquía no es la bomba*, casi lo tienen por un renegado (*LA*, 1928, 11-02: 1)”.

Luego de la ejecución y de la huelga general convocada por las centrales obreras, *La Protesta* intentó poner paños fríos al clima de venganza y agresión, criticando incluso el boicot a los productos norteamericanos. *La Antorcha* apoyó estas acciones de sabotaje y la acción violenta contra todo símbolo norteamericano y caracterizó como *anónimas bombas del pueblo* a los atentados del 22 de julio de ese año contra el monumento a Washington y al local de la Ford (*LA*, 1927, 4-08: 1).

El 24 de diciembre de 1927 estallaron dos bombas en los bancos City y Boston del centro porteño, obra de Severino Di Giovanni y su banda; nunca habían explotado en Buenos Aires artefactos de tal potencia. Hubo dos muertos, empleados del Banco que no se habían retirado a tiempo. En medio de un clima de persecuciones policiales y parapoliciales, la caracterización de *terrorista* o *subversivo* dejaba de expresar conflictos internos y pasaba a ser un instrumento utilizado por las fuerzas de seguridad. *La Protesta*, que conocía la diferencia entre el grupo editor de *La Antorcha* y el grupo de violentos que hacían del robo o de las bombas una forma de expresión, identificaba al antorchismo como el enemigo. Incluso Horacio Badaracco, miembro de *La Antorcha*, a quien años después Abad de Santillán reivindicó en sus memorias, fue denunciado por *La Protesta* menos de una semana después del atentado:

Figuraron entre los *terroristas* individualizados por la policía, sujetos de acción y muy conocidos por sus ideas disolventes, como Miguel Arcángel Resigna y los hermanos Moretti. También formaba parte de ese grupo el que se denomina *antorchista*, otro anarquista de destacada actuación: Horacio Badaracco (*LP*, 1927, 29-12: 1).

A Badaracco se lo acusaba de haber quemado una bandera norteamericana en medio de una manifestación, razón por la cual fue detenido por la policía; en la caracterización que hacía *La Protesta*, antorchismo y violencia eran parte del mismo estigma que el movimiento libertario tenía que sacarse de encima como un lastre.

La gran diferencia con las etapas anteriores radicó en el reconocimiento, por parte del antorchismo, de que conformaba un sector con identidad propia. A partir de 1927, comenzó a utilizar abiertamente este calificativo, que unos años antes les resultaba estigmatizador, y a llenar de contenido esta imagen:

Los *antorchistas*, los que llevan *La Antorcha* en el corazón y en el puño, levantándola bien alto para que alumbré el camino de los que llegan, de los que han hambre y sed de justicia, de los que se suman a la falange revolucionaria. Por eso, porque son los que meten miedo, la *razzia* empezó por ellos: Pacheco, Badaracco, Aguzzi, Losada y Vendell. A las 11,45 fue el atentado y a la una eran detenidos y clausurado el local (*LA*, 1928, 6-01: 2).

Consideraciones finales

Este artículo intentó un acercamiento hacia algunos de los problemas internos que atravesó el anarquismo en los años veinte. Cada uno de los tres momentos analizados significó un quiebre con la etapa anterior y la radicalización del conflicto. Quedan sin abordar aspectos vitales para una comprensión cabal del fenómeno. Las transformaciones de la sociedad, la oscilación del Estado entre la interpelación a un sector del movimiento obrero y la represión, el reflujó de la conflictividad obrera que se expresó en una baja del número de huelgas, los debates en torno a los métodos de lucha –la huelga general o el boicot–, la dimensión moral y ética de los debates sobre la violencia dentro del anarquismo, entre otros factores, deben ser considerados para comprender qué sucedió con el movimiento libertario durante los años 20.

El rol de la prensa es central para pensar estos temas porque fue un problema en sí mismo para el anarquismo. A las consideraciones vinculadas a su financiación, condiciones de producción y las características de los editores de los periódicos *La Protesta* y *La Antorcha* se debe sumar el hecho de que la prensa, como propaganda y como núcleo de identificación de sectores diferenciados, constituyó uno de los espacios en los que se libraron los conflictos entre las corrientes internas. Fue el espacio privilegiado para atacar, realizar denuncias explícitas y sembrar sospechas sobre acciones y personas. La rápida difusión que permitía el periódico como objeto de debate puede ayudar a comprender su rol en la propaganda. Pero el por qué de su constitución central como espacio de conflictos dentro del movimiento libertario sólo puede ser entendido si lo analizamos en toda su complejidad como un espacio de encuentro, socialización y esfuerzos, pero también como objeto de disputa y el espacio en el que confrontaban intereses y ambiciones que trascendían las identificaciones ideológicas.

El diario era, como sostiene Diego Abad de Santillán, el lugar “en torno al cual y para su sostén se reunieron siempre militantes libertarios abnegados, capaces de todo sacrificio, sin cuya prédica y presencia no se sabría explicar el desarrollo y la orientación del movimiento obrero argentino” (Abad de Santillán, 1978: 50). Pero esta “vasta familia solidaria” que describe Santillán, en la que no sólo editores y administradores, sino hasta los obreros renunciaban a su salario en caso de ser necesario, también era escenario de disputas de poder. Sobre todo fue *La Protesta* el centro de ambiciones y tensiones. Esta característica no fue exclusiva del movimiento libertario argentino. Al no haber un partido del cual expulsar a un sector disidente, la característica del anarquismo fue el constante desdoblamiento en nuevos grupos y publicaciones que seguían identificándose con el ideal libertario. Aquí radica la complejidad para identificar a estos sectores, sus trayectorias y sus principales ejes de disputa.

Bibliografía

ABAD DE SANTILLÁN, Diego (1933): *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2005.

----- (1978): *Memorias (1897-1936)*, Madrid, Espejo de España.

ANAPIO, Luciana (2007): “Radicalización y conflictos internos en el anarquismo argentino: la experiencia de la huelga general de 1924”, ponencia presentada en XI Jornadas Interescuelas, Departamento de Historia.

BAYER, Osvaldo (1986): *Los anarquistas expropiadores*, Buenos Aires, Legasa.

----- (1998): *Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia*, Buenos Aires, Planeta.

COLOMBO, Eduardo (1999): *Los desconocidos y los olvidados. Historias y recuerdos del anarquismo en la Argentina*, Montevideo, Norman Comunidad.

DOESWIJK, Andreas (1998): “Entre camaleones y cristalizados: los anarco bolcheviques rioplatenses, 1917-1930”, tesis de Doctorado, Universidad de Campinas.

ETCHENIQUE, Jorge (2000): *Pampa Libre. Anarquistas en la pampa argentina*, Santa Rosa, Universidad Nacional de Quilmes.

FERNÁNDEZ CORDERO, Laura, BACCI, Claudia (2006-2007): “Feroces de lengua y pluma. Sobre algunas escrituras de mujeres anarquistas”, en: *Políticas de la Memoria*, n° 6/7, Buenos Aires, CeDInCI.

LITVAK, Lily (1995): “La prensa anarquista, 1880-1913”, en: HOFMANN, Bert Hofmann, JOAN I TOURS, Pere, TIETZ, Manfred: *El anarquismo español. Sus tradiciones culturales*, Madrid, Iberoamericana.

NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael (1983): *El terrorismo anarquista (1888-1909)*, Madrid Siglo XXI.

REY, Ana Lía. (2005): “Martín Fierro, Revista Popular Ilustrada de Crítica y Arte (1904-1905). Bohemia y anarquismo”, ponencia presentada en el Seminario Regional de la Prensa Alternativa, *Diarios, Revistas y Panfletos en América Latina, 1890-1958*. Sephis, FFyL, IDEAS.

SALAÜN, Serge (1995): “Teoría y práctica del lenguaje anarquista o la imposible redención por el verbo”, en: HOFMANN, Bert, JOAN I TOURS, Pere, TIETZ, Manfred: *El anarquismo español. Sus tradiciones culturales*, Madrid, Iberoamericana.

SURIANO, Juan (2001): *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires (1890-1910)*, Buenos Aires, Manantial.

----- (2005): *Auge y caída del anarquismo. Argentina, 1880-1930*, Buenos Aires, Capital Intelectual.